

REFLEXIÓN



**XX DOMINGO
TIEMPO ORDINARIO**

CICLO C



**“Orar en la escuela de Cristo
en misión”**



Domingo 17 de agosto de 2025
XX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (AÑO C)
Jr 38,4-6.8-10; Sal 39; Hb 12,1-4; Lc 12,49-53

COMENTARIO

El fuego, el bautismo y la paz de Cristo

Las palabras del evangelio de hoy suscitan mucha perplejidad y resulta difícil entenderlas, sobre todo la afirmación de Jesús de que Él no trae la paz, sino la división. Se necesita, entonces, hacer una profunda meditación bajo la guía del Espíritu de Dios. Oramos para ser iluminados por esta luz divina: el Señor abra nuestro corazón, así como lo hizo al inicio de la evangelización, para que podamos comprender sus palabras, proclamadas para nuestra vida (Hch 16,14).

Tres son las declaraciones fundamentales en este pasaje de Jesús y todas se orientan a clarificar la verdadera misión que Él cumple.

1. «He venido a prender fuego a la tierra»: la misión del “fuego” de Cristo.

Antes que nada, la misión de Jesús es de “fuego”. La expresión “he venido a...”, usada aquí como en muchas otras ocasiones, muestra la clara consciencia que Jesús tenía de su tarea. Aún más, su corazón arde por ello, como Él mismo explicita inmediatamente: «¡y cuánto deseo

que ya esté ardiendo!» Pero ¿de qué fuego se trata?

En primer lugar, de la declaración de Jesús se deduce que el fuego traído por Él “a la tierra” es lógicamente celestial, proviene del “cielo”. Se trata, por eso, del fuego divino para el mundo. El lenguaje de Jesús es el usado por los profetas de Israel y, en conformidad con la enseñanza de estos, el fuego divino del que habla simboliza la purificación, el juicio y la salvación final para el mundo. En esta óptica, Juan el Bautista, el “más grande de los profetas” y precursor de Cristo, advierte a todos del inminente juicio divino con fuego, como lo reporta san Lucas, el evangelista: «Ya toca el hacha la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será talado y echado al fuego» (Lc 3,9). Además, será el Mesías de Dios quien cumpla el juicio final: «en su mano tiene el bieldo para aventar su parva, reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga» (Lc 3,17).

Por otra parte, sin embargo, esta imagen del fuego nos hace recordar espontáneamente la revelación de Dios a Moisés en la zarza ardiente. Desde el fuego que arde en el

arbusto, Dios declara su misión para con el Pueblo: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel» (Éx 3,7-8). Por eso, es el fuego del amor misericordioso que Dios ha tenido siempre para cada una de sus criaturas.

En fin, el fuego podría aludir al Espíritu Santo que descenderá sobre los apóstoles como unas lenguas, como llamaradas (cf. Hch 2,1-3). Él, el Espíritu de Dios, es el don del Cristo resucitado que Dios mando a los corazones de los fieles. Será como fuego que purifica el corazón, ilumina la mente, y enciende en todos el querer ser amor ardiente de Dios.

Será, por tanto, en último análisis, el fuego del amor para Dios que Jesús desea tanto que ya esté ardiendo en cada persona. Por eso, la misión de Cristo, además de ser “del fuego”, se muestra también como “de fuego”, es decir, “ardiente” (algo que hace arder) o inflamador, un estallido. ¡El fuego que Jesús trae a la tierra ya está ardiendo en Él! Aquí notamos el apasionamiento de Jesús, que está totalmente dirigido al cumplimiento de la misión encomendada por el Padre. Él desea lo que Padre quiere: cumplir el plan de salvación del mundo. Este ardiente deseo, que se

quiere sea también experimentado hoy por sus discípulos, se explicita aún más con la declaración misteriosa sobre el Bautismo que Él deberá recibir después de aquel en el río Jordán.

2. «Con un bautismo tengo que ser bautizado»: el cumplimiento de la misión y del celo de Cristo.

¿A qué evento se refiere Jesús con esta frase? Tenemos que recordar que, como explicamos en precedencia con ocasión del bautismo del Señor, «La palabra griega original para “bautismo” es “baptisma / baptismos” y proviene del verbo “bapto” (con la forma intensiva “baptizo”) que significa principalmente “sumergir / hundir”. El sustantivo en cuestión indica sobre todo un acto / baño de “inmersión / hundimiento”». [...]

Teniendo presente este significado del término, podemos entender la referencia en el Evangelio al otro bautismo de Jesús después de aquel del Jordán. Él declara: «Con un bautismo tengo que ser bautizado» (Lc 12,50a), Jesús se refiere, por tanto, a su pasión y muerte en la cruz, porque Jesús volverá a hablar de este bautismo, relacionándolo con la acción de beber el cáliz del Padre (cf. Mc 10,50; 14,36; Jn 18,11).

Es una inmersión total, un bautismo precisamente, con y en “sangre y agua” para quitar los pecados del mundo (cf. Jn 19,34).

Esto alude a una inmersión muy especial: en el Espíritu Santo y en el fuego de la purificación y del juicio divino. Emerge, entonces, más claro el ligamen particular entre el bautismo de Cristo y el “fuego” traído por Él a la tierra. Jesús insiste en su fuerte deseo, que es hasta angustiante, de que todo se cumpla según la voluntad del Padre: «¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla!»

3. «¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra?»: una declaración necesaria sobre la verdadera paz.

La tercera y última declaración de Jesús resulta la más difícil de comprender, porque parece estar en contradicción con otras enseñanzas sobre su misión de paz.

Los padres de la Iglesia, como san Juan Crisóstomo, se preguntaban sobre el cómo y en cuál sentido Jesús había dicho estas palabras, sobre todo porque Él había recomendado saludar diciendo: «Paz a esta casa» (Lc 10,5). En el nacimiento de Jesús, además, como san Lucas subraya, los ángeles anuncian con gozo «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2,14). Jesús mismo, en la última cena, dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27). ¿Cómo es posible que ahora en el evangelio de hoy Él afirme que no trae la paz, sino la división?

Justo a la luz de la enseñanza de Jesús, en particular gracias a esta última cita (de Jn 14,27), se puede comprender la frase sobre la misión de la no-paz. Él quiere clarificar el verdadero carácter de su misión: orientada a la verdadera paz en la vida de comunión con Dios, no en aquella falsa de los hombres obtenida en una vida “tranquila” sin Dios (“También entre los ladrones existe concordia y paz”, ha notado algún autor antiguo). Hay algunos que acogen con fe esta verdadera paz, anunciada por Jesús y donada en el culmen de su misión por medio de su “bautismo” de sangre y agua, que otros rechazan. Así se crea la división en la sociedad y en las familias delante al mensaje de salvación de Dios, a causa de la cerrazón del hombre en su libertad y a pesar de que la voluntad de Dios es “que todos se salven” (cf. 1Tm 2,4). Se trata, lamentablemente, de la triste situación denunciada por el profeta Miqueas en el Antiguo Testamento: «el hijo desprecia al padre, | la hija se rebela contra la madre, | la nuera contra la suegra. | Los enemigos del hombre | son los de su propia casa» (Miq 7,6).

Las palabras de Jesús, entonces, recalcan una vez más las de los profetas de Israel, como vimos en el dicho precedente sobre el “fuego”. Suenan como una fuerte llamada de atención a sus discípulo, delante

a la previsible situación de división que sucedía de facto (y que acontece todavía) frente a la figura de Jesús, signo de contradicción. Todos son invitados, todavía más, deben cumplir un discernimiento justo para seguir el bien que Dios ofrece en Jesús. Por esto, después del dicho sobre la división, Jesús denuncia la incapacidad de muchos “hipócritas” de discernir y juzgar lo que es justo en el plano espiritual divino (cf. Lc 12,54-56).

Pedimos, por tanto, al Señor que done a nosotros, sus discípulos misioneros de hoy, su santo deseo, el celo, la angustia por el cumplimiento de la misión de Dios en el mundo. Que podamos tener la gracia del discernimiento y la perseverancia en las adversidades, «fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús» (Heb 12,2), dejándonos amaestrar e inspirar por sus palabras y acciones. Y que podamos seguir transmitiendo el fuego de Dios traído por Jesús a todos y en todo lugar, hasta la extremidad de la tierra y hasta el fin del mundo.

P. Dinh Anh Nhue Nguyen, OFM Conv
Secretario General
Pontificia Unión Misional

